

PABLO TORO
DILIGENCIA

TUSQUETS
EDITORES

Tienes dos opciones: disparar o salir corriendo. Si disparas, podrás entrar. Si corres, nunca sabrás lo que hay detrás de la cortina.

Fue tu padre quien te lo advirtió: Para ser libre, evita dar o recibir órdenes. No le hiciste caso. Ahora asume las consecuencias.

Si decides disparar, mira a tu víctima a los ojos. No le transmitas el terror del verdugo. Al menos concédele eso.

Y si decides correr, prepárate, Mansilla. Los de arriba ya saben que les viste la cara.

PRIMERA PARTE

La diligencia

«No somos como ellos».
DRACOS

Entraron a la casa de seguridad con sus órdenes claras, los montos negociados, la disposición a cumplir con la diligencia.

Una semana antes, el capitán Baza dijo la palabra «reservado» con ese tono ya conocido —voz rasposa, mirada amenazante— que fijaba lo esencial del acuerdo: no arrepentirse, no hablar más de la cuenta, no cuestionar los lazos con el Guarén. Y no dejarse matar.

Se metieron por un pasillo con cuadros viejos y descoloridos. Cruzaron el living polvoriento. La luz de la mañana se coló por el tragaluz, proyectando sombras movedizas sobre las paredes.

Dracos fue hasta el sillón y extrajo el paquete del interior de un cojín. Los tres kilos de la discordia. Quiso probarla. Mansilla le recordó que no se podía.

—Saca la otra, entonces.

Ella no quería.

—Sácala.

Sacó la bolsita. El polvo blanco resplandeció bajo la luz opaca del living. Dracos aspiró un pellizcazo y se sacudió como atravesado por una corriente. Le dijo a Mansilla que

se atendiera. Ella se negó. Ante la presión, terminó jalando con un gesto rendido.

Desde afuera se escucharon unos ladridos furiosos.

Dracos intentó animarla: tuvieron suerte, fueron elegidos, se les abrió una puerta hacia La Reunión. Solo había que cumplir esta diligencia. Mansilla forzó una sonrisa.

Unos murmullos amortiguados llegaron desde alguna parte, como si, a lo lejos, en ciertas piezas o subterráneos que desconocían —y que preferían desconocer—, otros asuntos del capitán Baza estuvieran siendo atendidos.

Salieron al estacionamiento y los dos perros negros que cuidaban la casa se acercaron jadeando, sucios y cojos, como si vinieran de una pelea callejera perdida. Ella se agachó, les hizo cariño y les dijo algo en voz baja. Dracos observó a las tres criaturas y dispersó a los perros con una patada. Ella se contuvo de putearlo.

La luz de la mañana dibujó sombras difusas que se estiraban y encogían sobre la entrada.

Dracos metió el paquete en el maletero. Se subieron al Toyota negro. Un minuto antes, el capitán había llamado para definir prioridades.

Prioridad: cambiar de auto en la Comisaría 25 de Pudahuel.

Prioridad: informar los avances de la diligencia.

Prioridad: no achicarse frente al Guarén y su gente.

Enfilaron por la Alameda hacia el poniente. Dracos adelantó autos a bocinazos rabiosos y puteó a los «ciclistas cagones» que tensionaban la calle y a los «extranjeros reculiaos» de Pídelo Ahora, que se cruzaban en sus motos, irrespetando los ritmos del tráfico nacional.

Para callarlo un rato, Mansilla prendió la radio. De inmediato reconocieron la voz exaltada de Cachito Ortega, en Radio Agrícola, hablando de los focos de protesta frente al Ministerio de Educación.

Cortes de calle, barricadas, piedrazos. Cachito habló de «estudiantes desinformados» y «niños agitadores» manifestándose por la reciente desaparición de un dirigente estudiantil, además de la presunta —énfasis en «presunta»— responsabilidad de Carabineros.

Las movilizaciones iban en su tercer día. Crecían en intensidad. Se sumaban distintas organizaciones estudiantiles. «Esto se está descontrolando», dijo Cachito. Y agregó: «Mocosos anarcos y revolucionarios con iPhone».

—Tal cual, mierda —dijo Dracos, buscando su aprobación.

Ella desvió la mirada. Se movía inquieta en el asiento, como buscando una comodidad inalcanzable.

—Es entrar y salir del galpón.

—Dicen que el Piño Santa Clara anda con uzis.

—¿Quién dice?

—Por ahí dicen.

—El capitán nos habría alertado.

—Dicen que el Guarén se las compra a un oficial del Ejército.

—Dicen...

Dracos trató de hurgar en las implicancias de ese «dicen». Ella lo ignoró, prendió un cigarro y se puso a mirar por la ventana.

Dejaron atrás un mall chino, un McDonald's atestado y un Teletrak en vías de extinción. Dos repartidores de publicidad dental discutían a gritos en Alameda con Ahumada. En los quioscos, las portadas de los diarios traían al «asesino de los puentes» y sus cinco víctimas.

Mansilla se contuvo de comentar. Sabía que a Dracos no le gustaba hablar del asesino de los puentes, a diferencia de ella, que seguía pegada con el caso desde aquella noche, meses atrás, cuando llegó la llamada de emergencia a la 43 y fueron al puente Purísima y encontraron una maleta que despedía un olor putrefacto.

—No empecemos...

—No he dicho nada.

Siguieron por la Alameda rumbo a Santa Clara. El sol caía con ferocidad sobre las cosas. Las sombras eran músculos tensos aferrados al pavimento.

A la altura de Bandera caminaba con buzo cortado y sudadera de Tupac. Lo veían casi a diario en la zona, rapeando, pidiendo monedas, vendiendo poemas a cien pesos. Peluseando. Desde hacía tiempo que Dracos lo tenía entre ceja y ceja.

Detuvo el auto junto a la vereda. Mansilla le recordó que no era el momento, en plena diligencia, con tres kilos en el maletero. Él vio la hora y dijo que aún tenían tiempo. Luego puso cara de sabiduría ancestral.

—La forma de tener éxito siempre es no buscarlo nunca.

Mansilla soltó una risa disfrazada de bostezo. Dracos estaba citando a un gurú místico africano a quien admiraba porque, además de iluminación espiritual, llegó a tener una colección de Rolls-Royce.

—Voy y vuelvo.

Fue y empujó al rapero contra la pared. Tras identificarse, se puso a registrarlo. Le preguntó por los pitos, los jales, el cripi. Lo hizo vaciar sus bolsillos y se guardó cinco lucas. Quiso saber su nombre artístico —respuesta: Kid Capone— y lo obligó a improvisar unas líneas de rap.

Kid Capone farfulló algo sobre ser un asesino de las rimas, moverse en la calle, aniquilar a sus enemigos. Dracos soltó una risa venenosa y lo hizo sacarse las zapatillas.

Mansilla le hizo un gesto al rapero, sin saber qué decir, y él se fue descalzo, murmurando insultos inaudibles. Dracos metió las zapatillas en el maletero y se subió.

—¿Una más?

Ella no quería.

—Sácala.

Ya no era una petición.

Mansilla sacó la bolsita. Un pellizcazo por fosa. Absorbieron el goteo amargo en sus gargantas y la luz cayó como un manto tibio sobre sus caras rígidas y sus bocas movedizas.

Dracos prendió el motor.